

su corazon de invencible valor y fortaleza, y proclama públicamente su nueva fe?...

20. Oscuras catacumbas socavadas en las entrañas de la tierra, húmedas cavernas, salvajes surcos de los montes, madrigueras de las fieras, vosotros cuando con mas furia se desencadenaba la persecucion dísteis asilo y resguardo menos angustioso á muchos afligidos cristianos, los cuales eran buscados y esperados por los verdugos, y antes que entregarse á estos preferian morir en vuestro seno, sepultados en vida, ó muertos por el hambre y la sed. Sin embargo, no recorrerá á vosotros el héroe cuyos hechos celebramos en este dia, pues ni siquiera se acuerda que en el terrible peligro á que se expone podais ofrecerle un asilo. La santa y animosa impaciencia que agita á Hipólito de dar un solemne y público testimonio de haber abrazado la fe de Jesucristo, no puede sufrir dilacion alguna ni arredrarse por cualesquiera dificultades, porque no teme los tormentos ni los mas ignominiosos suplicios.

21. Vedle como arroja léjos de sí con el mayor desprecio sus espléndidos y ricos vestidos, no menos que las condecoraciones de sus empleos, para cubrirse con un sencillo manto blanco, divisa del neófito cristiano, para presentarse en público. Efectivamente, á la aparicion de Hipólito un estupor general se apodera de la multitud que le estaba mirando, percibiéndose al cabo de poco rato un rumor que indicaba claramente la compasion é interés que despertaba en todos la pérdida segura de un ciudadano tan recomendable y querido de todos. Observadle como se dirige con paso firme hácia donde el glorioso Levita que lo regeneró para Jesucristo, pronto ya á ser extendido sobre la ardiente parrilla, quiere darle lecciones de perfectísimo ejemplo del martirio que tambien con profético vaticinio le anunciara. Viendo Hipólito semejante espectáculo, se lee en su semblante la sensacion de alta piedad y el deseo que domina su alma de emular al glorioso san Lorenzo. Seguidlo mientras va acompañando al sacerdote Justino prodigándole los últimos auxilios de la Religion, y dando luego sepultura á los preciosos restos del santo mártir Lorenzo, sin saber apartarse de aquella sagrada huesa que riega con su llanto, tributándole culto y oraciones, y presenciando luego mas con el espíritu que con el cuerpo el sacrificio augustísimo; miradle con qué uncion evangélica recibe de manos del sacerdote Justino, celebrante, parte de la sagrada forma que segun entonces se practicaba en la Iglesia debia llevar consigo. Acompañadlo, por último, al regreso á su palacio, cuando reune á sus

domésticos y familiares, consortes suyos ya en la fe, y veréis á nuestro Santo como dando primero á cada uno el ósculo de paz distribuye entre todos y toma él mismo el sagrado alimento espiritual. Prevencion sábia que deseó cumplir antes de encaminarse á sostener el choque de los enemigos de Jesucristo para poder mostrarse en virtud de la divina gracia alegremente pródigo de su vida, y adquirir por el mismo medio la inexpugnable firmeza de espíritu que infunde en el alma el divino Pan de la fortaleza: *Dominus fortitudo mea, quem timebo?* Que vengan, decia, animado y fortalecido con el divino Sacramento, que vengan y me asalten los ministros de la impiedad, pues no les temo; y si tardan iré yo mismo á buscarlos... Pero no tardarán... ya empieza á oirse un ruido de pisadas de caballos y choque de armas y cadenas que se va sintiendo cada vez mas próximo, indicando claramente que se acercan los soldados de Valeriano. Llegan efectivamente estos, y aunque al pronto la costumbre de respetar al capitán los detiene, esto no obstante cargan á nuestro Héroe de cadenas, y le conducen preso al palacio del Emperador.

22. Marcha, bisoño, pero por tu valor soldado veterano de Jesucristo; marcha á dar pruebas heróicas é inmortales de tu valor y fortaleza del mismo modo que dijo el Ángel á Gedeon: *Vade in hac fortitudine tua*. Tu infuca madrastra, llena de cólera y despecho por el desprecio que de ella hiciste, te entrega al furor de un tirano; pero del mismo modo que saltan chispas del pedernal herido por el eslabon, así centellearán tus virtudes á medida que redoblen sobre tí los rudos y feroces golpes del martirio.

23. Mientras tanto, Valeriano, encendido de furor, espera á nuestro Santo... y no tardó mucho en ver delante de sí á Hipólito. Valeriano fija la vista en él, y con adusto semblante le dice: ¿Qué significa, Hipólito, esa blanca túnica que te cubre? ¿tan poco valor tienen para tí las dignidades con que quise honrarte, que te avergüenzas presentarte ante el público adornado con las insignias de ellas? ¿ú olvidándote acaso de lo que debes á tu estirpe siendo ingrato á mis favores y despreciando mis órdenes te has rebelado contra los dioses del imperio y has profesado la magia de los cristianos, seducido acaso por aquel Lorenzo á quien de nada sirvieron sus encantamientos ni sus prestigios? Tu prisa y afan por darle sepultura me corroboran estas sospechas.

24. Yo estoy agradecido á tus dádivas, contesta Hipólito; pero debo estar mucho mas agradecido á los dones que he recibido del

cielo. Respeto tus insignias, pero debo respetar y honrar mucho mas las insignias de otra milicia mas elevada. Aborrezco los encantamientos y mágias lo mismo que á los insensibles metales y á los mármoles á quienes Roma incienza y adora, pues no son otra cosa sino hechuras del demonio. No profanes la gloria y el nombre de Lorenzo, pues fue este un invicto mártir, y por lo que respecta á mí, has de saber que soy cristiano. No hierve con tanta fuerza el agua que salpicada cae sobre un hierro candente como estalló furiosa la cólera de Valeriano, y para darle algun desahogo mandó inmediatamente que un verdugo machacase con una enorme piedra la santa boca que tan fiel y heróicamente confiesa al verdadero Dios. El fuerte Atleta hace la primera prueba de dulzura en los padecimientos y en la befa que los Mártires sufrian por confesar el nombre de Jesucristo, y su ensangrentada y mutilada boca no es un obstáculo para seguir confesándolo.

25. Enfurécese nuevamente el tirano, y manda que los verdugos, armados de nudosas varas, magullen á fuerza de durísimos golpes todos los miembros del Santo hasta dejarlo sin sentidos. Adelántanse los ejecutores con ceño feroz, y arrojando á Hipólito al suelo se preparan para dar comienzo á su horrorosa tarea, y al efecto descargan sobre aquel innumerables azotes. Empero Hipólito resiste tan terrible tempestad de tal modo, que de él podia decirse lo que dijo Agustin hablando de Lorenzo, esto es, que en medio de tan gran cúmulo de penas y dolores en sus miembros, demuestra tanta entereza y claridad en sus palabras, que no parece sino que el que sufré tan terribles y acerbos tormentos es otro hombre diferente del que habla: *Tanta pana in membris, tanta securitas in verbis, tamquam alius torqueretur, alius loqueretur.*

26. Comprende Valeriano que seria obra inútil el probar de vencer á Hipólito con nuevos tormentos, y piensa por lo tanto valerse de lisonjas. Manda en su consecuencia que despojen á Hipólito de su túnica blanca, y haciéndolo vestir con su primitivo traje é insignias de prefecto de milicias, empeñó el Emperador su palabra de que elevaria á Hipólito á mayores y mas pingües dignidades y empleos, diciendo esto con aire alegre y festivo, añadiendo que si volvía á adorar á los dioses de Roma le acogeria otra vez bajo su gracia particular. Apenas puede el Santo contenerse y escuchar al Emperador. Por tu mandato, le responde, se me ha despojado de la túnica de los cristianos, pero ¿quién es capaz, quién podrá quitarme á Jesucristo del corazon? Seguramente que no serán los

menguados bienes que me ofreces, pues otros honores y otras riquezas me prepara Dios.

27. Confundido el tirano en vista de tal respuesta, llama á un prefecto, y deja á su arbitrio que condene á Hipólito al suplicio que mas le plazca, si no puede obtener el reducirle, y se marcha corrido y blasfemando de un Dios que no conoce. Pero ¡cuán justo y terrible en sus venganzas es aquel Dios! No lo desconocerá el tirano cuando llegará el dia que, cargado de cadenas, servirá su cuerpo de escabel á la soberbia planta del rey de Persia.

28. El sustituido ministro, que era tan inhumano como avaro, pensó en adquirir inmediatamente las riquezas de Hipólito, y para ello se encaminó á palacio, y penetrando en él ve con gran sorpresa que toda la familia de Hipólito le recibe vestida de blanco, protestando ser cristiana. Domina, sin embargo, el ministro su estupor, y refrenando un momento su avidez de rapiña, pone en planta el medio de tener en sus manos armas suficientes para asaltar la inexpugnable fortaleza del Santo. Efectivamente, da orden para que cargados de cadenas sean presentados á Hipólito sus parientes y domésticos, y que si no se reduce, sean todos martirizados y muertos en su presencia. ¡Horrible espectáculo! Eran entre todos diez y nueve personas de ambos sexos y de diferentes edades; hay entre ellas jóvenes, doncellas y ancianos... Hipólito contempla la destruccion de su familia tranquilo... ve caer á sus piés á sus queridos parientes y domésticos, lo mismo que á su nodriza Concordia, que espira á fuerza de palos. Hipólito mira todo esto impassible, y léjos de vacilar en su propósito, anima y conforta á todos, y en cada uno resiste, combate y vence.

29. Enfurecido el prefecto al ver frustrados sus proyectos, y convencido de que no podria rendir la inexpugnable fortaleza de nuestro Héroe, estudia en su interior, y aconsejado por su natural ferocidad reflexiona á qué clase de suplicio deberá condenar á Hipólito. El mismo nombre del Santo despierta en el mónstruo un pensamiento cruel, y quiere dar al Hipólito de Roma una muerte parecida á la que sufrió el Hipólito de Grecia. Sí, efectivamente se parecerán ambos suplicios, pero solamente en el destroz del frágil y mortal cuerpo; pues por lo demás, la muerte de nuestro Hipólito se diferencia de la del otro idólatra, en que no fue inesperada sino prevista, no necesaria sino libre, y evitable á una sencilla demostracion que hiciese de mudar de creencia. Esta sí que es verdadera fortaleza, resistir al choque de tantos y tan espantosos males, for-

taleza dimanada verdaderamente del mismo Dios: *Dominus fortitudo mea*. Considerémosla tanto mas intrépida cuanto que no podemos llegar á imaginarnos la crueldad del suplicio reservado á nuestro Héroe. Se reune *extramuros* de Roma un inmenso gentío para presenciar la ejecucion. Por la calle principal que conduce á Tívoli hay un tortuoso sendero árido y desnivelado, cubierto de secos y cortantes cantos donde abundan las espinas y silvestres punzantes cardos, y flanqueado de zarzas que extienden y cruzan el camino con sus ramas. Esto no es exagerar, sino intentar describiros el camino estrecho, tortuoso y lleno de espinas por el cual subió al cielo Hipólito. Yace este ténido y desnudo sobre aquel suelo mientras los verdugos le atan una gruesa cuerda á uno de los piés, atando fuertemente el otro á un tronco de dos furiosos caballos tan briosos que apenas pueden contenerlos.

30. El fuertísimo Atleta, el invicto Mártir, armado con la señal de su fe, invoca el augustísimo nombre de Jesucristo fijando la vista en el cielo, y con ardientes plegarias desea llegue el instante de empezar á recorrer su carrera. Llegó el momento. Los verdugos sueltan los briosos caballos, los cuales se lanzan á la carrera, encalla el cuerpo del Santo en las piedras y zarzales, y sintiéndose las feroces bestias detenidas, se enfurecen mas y mas, y sin direccion fija corren mas desafortadamente. ¿Quién podría recordar sin horror el estado en que semejante martirio pondria el cuerpo de Hipólito? Las espinas y las piedras estaban teñidas con su sangre, sus cabellos quedaron enredados entre los zarzales, y aquí como allí se veian pedazos de carne...! todas las coyunturas estaban rotas y dislocadas, los nervios magullados, los huesos rotos, las vísceras extendidas, y la sagrada cabeza... Empero ¡á qué detenernos en describir imágenes tan horrorosas, cuando llama nuestros mas gratos y alegres pensamientos su espíritu inmortal, que rodeado de Ángeles atraviesa triunfante el firmamento, y va á recibir la corona que el cielo tiene preparada para los esforzados héroes de la fel Corona en que campean sus virtudes, y en cuyo fulgente círculo me parece ver grabadas las palabras que hacen el elogio de Hipólito: *Quiescere faciam superbiam infidelium, et arrogantiam fortium humiliabo*.

Tercera parte: San Hipólito es un héroe verdaderamente glorioso por la adquisicion de la inmarcesible corona del martirio.

31. Solo faltaba para la completa humillacion de los gentiles que el que con su propio ejemplo habia desmentido la decantada

fortaleza del Hipólito pagano reprimiese del mismo modo aquella arrogancia que este habia inspirado á los suyos por la gloria de que se creia adornado aquel falso héroe, pues no podian encontrar otras recompensas los imaginarios méritos y las fingidas virtudes, sino una gloria igualmente vana é impostora. Supusieron los paganos que cediendo Esculapio á los ruegos de Diana resucitó al difunto Hipólito, divulgando luego que habia sido convertido por la sobredicha diosa en un lucero. Á tan extrañas y ridículas locuras recurrieron los paganos para hacer aparecer gloriosos á varios sectarios suyos.

32. Conságrese hoy como mejores trofeos del héroe cristiano Hipólito estos despojos de la infidelidad, y nazca de las mismas tinieblas del gentilismo, derramando su luz por toda la tierra, el resplandor de la gloria con que tan alto héroe se hizo mas digno de los grandes honores: *Orietur in tenebris lux tua*. Digo adquisicion mas digna, por cuanto la gloria de los héroes de la fe, atendiendo al seguro mérito establecido sobre el fundamento de las verdaderas virtudes, no es como la de los idólatras un esplendor fatuo que deslumbrando la vista no permite tocar la realidad de los objetos que ponen delante de los ojos el error, la vanidad y la adulacion, sino que es un galardón transmitido de edad á edad á los siervos que por sus acciones justas y santas Dios adjudica como principio y manantial de todas las verdades, justicia y rectitud de principios.

33. Yo no recuerdo el quimérico renacimiento ni la soñada estrella del infeliz hijo de Teseo sino para que se vea en la comparacion cuánto sobrepuja y vence el verdadero héroe al que nos presenta la supersticion.

34. Una prodigiosa y vivificante virtud pareció transmitirse á las cenizas del santo Mártir, segun la opinion mejor recibida, puesto que trasladadas aquellas á París y colocadas en el templo de San Dionisio, en ocasion que una peste terrible invadió á toda la Francia, la preservaron de la muerte que tan de cerca amenazaba á todo el reino. Empero ¿qué voy á contaros de lejanas tierras? Elevo el pensamiento hácia el cielo, no para buscar con loca curiosidad la fabulosa estrella del Hipólito griego, sino para mirar á los Santos, que, segun el gran profeta Daniel, resplandecerán en el firmamento del mismo modo que las estrellas por toda la eternidad: *Fulgebunt quasi splendor firmamenti... quasi stelle in perpetuas æternitates*.

35. En medio de tan agradable variedad con que centellean con benéfica luz, veo, ó Gazoldo, que sobre tí derrama su luz con fúlgidos y benignos rayos el astro de tu protector san Hipólito. Y en verdad, ¿en qué parte del mundo, sino en esta, es mas propio y natural que derrame su propia luz? ¿En qué otro punto puede descubrir ó ver nuestro santo Héroe mas honrosos y obsequiosos cultos que los que aquí se le tributan?

36. Hace ya cinco siglos que los piosísimos señores que te dominaron resolvieron ponerte bajo la proteccion del santo Mártir, cuyo nombre hacian gala de llevar. Aquí las monedas de plata y oro han sido ornadas en diversas épocas con la efigie del Santo, y aquí se levanta un augusto templo en el cual el devoto pueblo viene á pedir y obtener la mediacion del santo Héroe, y aquí se oyen todos los años celebrar sus memorables hechos y recordar sus glorias.

37. No me admiro por lo tanto de que el santo mártir Hipólito entre los otros luceros celestiales contemplados ó vistos por el Profeta, no me admiro, repito, que este lucero te tenga en tanta predileccion, ó Gazoldo, pues si, como ya he indicado, se mostró nuestro Santo tan pródigo de su altísima proteccion con respecto á extrañas naciones, ¿qué no hará por tí, que te distingues entre los demás pueblos de la cristiandad en honrarlo y festejarlo, haciéndote por mil otros títulos digno de su amor?

38. En la peligrosísima navegacion del fluctuante siglo dirígite á Hipólito, Gazoldo, y cual estrella amiga fija en él tu vista para no olvidar tus grandes virtudes, porque no podrias prometerte escolta mas segura en tu camino, ni asistencia mas eficaz para tus necesidades, ni mas vigorosa defensa para los peligrosos é inestables sucesos de la vida. De este modo la gloria que tú tributas á Hipólito, reanimando sin cesar tu esperanza y tu fe, é inflamándote en el deseo de querer seguir sus sagradas huellas, será fecunda en inmarcesibles frutos, diferenciándose de aquella que rendian los infieles á los falsos héroes de su secta, pues esta les hacia cada dia mas ciegos y desgraciados, y para refrenar el orgullo y humillar la arrogancia que infundia á los paganos el recuerdo de su pretendido héroe, el griego Hipólito, la Iglesia de Jesucristo presentó al paganismo, en el santo mártir Hipólito, un sagrado héroe de excelsa grandeza de alma en el desprecio que hiciera de las mas deseadas riquezas, un héroe de maravillosa fortaleza para resistir los peligros mas formidables, y un héroe, finalmente, que se hizo digno de ceñir la corona de gloria inmortal.

ESQUELETO DEL SERMON

DE

SAN MARCELINO, MÁRTIR.

Hæc est victoria, quæ vincit mundum, fides nostra. (I Joan. v, 4).

Esta es la victoria, que vence al mundo, nuestra fe.

1. Al considerar las pruebas de nuestra fe, no puedo menos de exclamar con David: *Testimonia tua credibilia*, etc. ¿Cómo dudar de una fe tan grande y tan elevada..., tan casta é intemerata en sus..., tan justa y razonable...? Para ello seria necesario abdicar la razon...

2. ¿Qué son, además, aquellos cien mil héroes de que se gloria la Iglesia, y que...?

3. Sirva hoy de prueba el ínclito é invicto mártir san Marcelino... Elegido por Dios para..., se presenta ante los tiranos y combate... Idea de este discurso...

4. *Invocacion*: Y tú, héroe venerable, derrama sobre mi mente...

Reflexion única: Honrar la memoria de san Marcelino, recordando y ensalzando su santísima vida y gloriosísima muerte, es celebrar la victoria de nuestra santa fe.

5. Ridículas pretensiones y erróneas máximas de la filosofía pagana en Roma y Atenas... Resultado...

6. Solo el Evangelio y la divina gracia son capaces de transformar los hombres en héroes... Manera como lo logran...

7. Para que veais que nuestro es tal..., sabed que fue digno de ser elevado al sacerdocio en el siglo III... Vosotros pensaréis tal vez que... Pero volved la vista á los primeros siglos..., y luego me diréis...

8. Abrirse camino en medio de..., batirse contra todo un..., todo esto no es todavía suficiente para...